

Prof. DIOSCÓRIDES PÉREZ
 Maestro en Pintura
 Universidad Nacional de Colombia

REMENDANDO SUEÑOS

no se que tenga que ver el cuerpo atlético y el movimiento de gambeta del rey Pele con el pasito acicalado y el sombrero ladeado de Gardel, pero donde los vi juntos, dejando caer la mirada en blando tobogán desde la altura de un balcón inexistente, una sutil luz azul neón y cierto aire imantado une las más inverosímiles situaciones, en un espacio donde la ley de la gravedad permite volar y la del accidente no deja que a uno se le parta una pata. Aquí también esta la boa, larga, amarilla y canela, con sus secretos diseños en la espalda, cuya carne rosada y fresca ya puedo oler y alcanzo a sentir su sabor, parecido al del crudo y delicioso salmón que reparten en los aviones, sin llegar a ponerla en mi boca.

La culebra esta estirada en sentido vertical a mi mirada y tiene un corte longitudinal finamente trazado en la espalda. Tengo la incierta certeza de que no debo cortar la cabeza para que la relación de energía entre los ojos y el cuerpo no se pierda, pero debo desvestirla.

Su piel no se desprende: hago entonces, sin haberlo intentado, un breve corte en su garganta en sentido horizontal, y es como si el filoso cuchillo cortara mi propio cuello, siento un caliente ardor en la línea de la herida, y lo asocio sin pensarlo con el tajo hecho por una fina hoja de papel.

Camino entre olorosos eucaliptos sobre una tierra imantada, todo esta coloreado en tres verdes y hay fresca neblina, he estado aquí en otras ocasiones, es una montaña conocida visitada en otros espirituosos momentos, pero ahora experimento cierta inquietud al mirar el amplio horizonte amenazado por nubes lechosas de color gris lluvia. Trepo trabajosamente a un techo de casa muy inclinado hecho con resbalosa pasta rosada sin alcanzar la cumbre, pero sobre una repentina repisa o cresta de un muro veo unas placas de arcilla coloradas que tienen talladas algunas figuras o ideogramas, y a pesar de que no puedo precisar su significado, el sentimiento me indica que debo completarlas: afino entonces el



espíritu del ojo pero la acción de enfocar sobre los grafismos hace que mi cuerpo se borre de la escena con un movimiento de espiral invertido, y todas las imágenes se cuelen por alguna rendija de la memoria hacia el sótano del olvido.

La puerta está cerrada a mi espalda y el aire es color malva, tengo frente a mí cuatro espadas, una de ellas es mi arma de ejercicios chinos, las otras son puñales o dagas cuyas hojas tienen curiosos arabescos grabados al aguafuerte y están puestas en forma de cruz con sus puntas dirigidas hacia el centro sin llegar a tocarse; se que debo elegir una de ellas para calmar un vacío cosquilleo en el estómago, presiento que esta apresurada prueba se relaciona con el oficio de tragarlas, abro la boca y hecho la cabeza hacia atrás pero las espadas desaparecen y el acto se borra en cámara lenta¹.

A través de la ventana veo como se mueven tímidamente los hurapanes mientras las golondrinas los esquivan con su atijerado y negro vuelo. Choca una mosca contra el vidrio y rebota haciendo cabriolas sobre mi mesa de trabajo, aterriza de pronto, camina nerviosa encima del dibujo de la muchacha que sueña con el tigre, y se detiene, frota sus patas traseras en curiosa maroma y desde sus ojos prismáticos, lista ya para saltar nuevamente al vacío, parece preguntarme si he adivinado la escritura de su último vuelo. Me pregunto entonces qué sentido tiene el dibujo invisible que traza su zumbante, perturbador, y acelerado recorrido aéreo, ¿es acaso una maligna geometría contaminante?, ¿será posible rastrear en las huellas invisibles de su entrado vuelo, una escritura o mapa cuya interpretación nos muestre textos perdidos o laberintos en territorios desconocidos? Ahora vuela haciendo círculos sobre mi cabeza, rebota en el techo, choca contra el bombillo de la lámpara y cae sobre la espalda rayada del tigre, camina hasta la cabeza, entra en su boca abierta y allí frota sus patas delanteras como calentando las manos, mientras la muchacha la mira extrañada entre sus crespos amarillos. ¿Recordará este pequeño animal haberse parado sobre el lomo del dinosaurio, encima de la hogaza de pan de un mendigo de la edad media, o en el borde del vaso de ron de un pirata en el mar caribe? Tal vez esta insignificante mosca, traze con su baile de vida un pequeño mapa, como lo haría un pantógrafo trabajando al revés, graficando virtualmente el movimiento de alguna galaxia reflejada en las caras de su facetado ojo².

Estoy oliendo ahora el humo de la quema de las chagras en la selva, mientras navego por las chocولاتadas aguas del río Vaupés, con el sol esquivo y un cielo que suelta pe-

rezosamente agua cernida. El agua quieta nos lleva a visitar algunas comunidades indígenas: ese día, al desembarcar y mientras caminaba hacia la gran maloca, fui "atacado" por el vuelo circular y en picada de un pequeño pájaro amarillo y negro que fue después a posarse en la mano de un indígena, quien reía con gesto de complicidad y orgullo por las piruetas de saludo de su pequeña ave^{3,4}.

Este curioso encuentro con un animal que siempre aparece representado en mis imaginarios grafismos, fue el anuncio que me puso en estado de alerta, para que ya de regreso al río, descubriera semienterrada en el barro rojo de la orilla y camuflada entre muchas piedras, el trozo filudo de una antigua hacha indígena que ahora conservo como un talismán.

Metiendo reversa en la rueda del tiempo recordé que en China, a donde fui arrebatado por un karma de mil días, algunos campesinos caminan por los parques y jardines de la antigua ciudad amurallada de Xian, cargando un pájaro en el índice o posado con confianza en su hombro, y como el animal, jalado por una semilla que el hombre tira al aire, despega en vuelo maromero de piruetas para atraparla, aterrizando suavemente de regreso con su plumaje hinchado.

Pero esto no es solo juego, lo interesante es que estos pajareros, cuando inician su siesta obligatoria, duermen en las bancas del parque vigilados y arrullados por el canto del pájaro cuyo sonido les sirve de ruta en el mundo de los sueños, donde es el hombre el que levanta vuelo.

En esas tierras de extrañas costumbres en que los murciélagos vuelan de día durante el verano y son símbolos de buena suerte y felicidad, el milano es considerado un pájaro purificador, porque con su presencia espanta los espíritus perversos traídos por los malos vientos.

Volviendo a este lado de la tierra, abajo, en la misteriosa selva Amazónica, donde el chamán es el encargado de curar el cuerpo y el espíritu de los indígenas, se cree que la enfermedad desordena el dibujo original del alma; en este caso el chamán llama entonces al espíritu del colibrí para que se encargue de redibujarla, mientras él fija con sus cantos y rezos el diseño curativo y aleja con golpes de ramas pegajosos y oscuros espíritus.

Una noche de luna llena, tratando de masajear el espíritu y reencontrar en una gran roca una puerta hacia el mundo de los sueños, caminaba por la playa, entre la selva tropical y el encrespado mar de Balboa, cuando vi un extraño enjambre de cocuyos agrupados en bola verdosa y fluorescente y el encuentro me asombro de manera angustiante e inexplicable.

1. Hilachas de sueños de abril de 1997.

2. Tejiendo otras imágenes mientras dibujo.

3-4. Recuerdos de viajes persiguiendo el mito.

(Ahora mientras mi mano escribe, persiguiendo con la caligrafía la memoria de las imágenes, se que los cocuyos jalaban en ese momento un recuerdo sembrado en el cuerpo por los colores alucinantes soporados durante una noche de fiebre en mi infancia).

Días después, retorne a la Sabana de Bochica y bajé a San Agustín para "calcar" y dibujar el rostro de los guerreros de piedra, sin sospechar que desde la noche de los cocuyos anidaba en mi cuerpo, gracias al picotazo de un zancudo de tres puyas, la maldita malaria que empezaría a desdibujar mi diseño interior de manera mortal.

Pero además cuatro días antes de partir, precisamente el día del primer equinoccio, soy atacado por una jaguar que a mordiscos abre mi pecho y bebe en mi corazón, dejándome el cuerpo estremecido, surcado de arañazos invisibles, sembrado de pelos amarillos e inundado de un aroma de salado sudor y penca de sábila.

En la primera noche de San Agustín, durmiendo en el parque de las estatuas, escucho el canto picudo de las lechuzas, los silbos largos de las serpientes y los incesantes y agudos chillidos de las cigarras. Me hierve la cabeza y un dolor puntudo me atravieza las sienes como un clavo, al tiempo que un frío enresortado me hace tiritar y volverme un nudo ciego. Un búho atrapa a una serpiente de piedra y yo lo miro con ojo de pez en el agua y anteojos de gelatina; mi cuerpo nada en sudor, doy vueltas de tornillo entre las cobijas y las verdes montañas del parque de los ídolos y los enterramientos.

Gruñen los felinos de roca, y desde el alto de los ídolos descendiendo por la ladera, arrastrando su pesado cuerpo de arenisca, un caimán que abre un hueco en la oscura neblina. Desde allí se escucha el ululante corneteo de una caracola dando una señal que me produce un total entumecimiento dejándome tieso, pero al tiempo liviano como una estatua de balsa y flotando un poco a lo largo de la cama. Danzan entonces los guerreros de piedra y la tierra tiembla soltando su aroma negra de humedad y de yerba machacada, suenan ocarinas, capadores y flautas, escucho voces de rito y carnaval, opacados lamentos funerarios, y "veo" el canto-quejido del conjuro de chamán, que traza extrañas geometrías con la palabra, y el aleteo de su manojo de ramas acompañado del constante sonido del cascabel de semillas y de su collar de colmillos de tigre; olores de incienso, de yerbas y ramas aromáticas, y el ácido olor de la chicha, el embriagante olor del borrachero y el humo del tabaco. Garras que ras-trillan, golpes de piedra

Fragmento rebordado de "Paradoxus Malaricus" o "Los Caprichos de la Fiebre Malarica", ponencia presentada en el Seminario de Investigación y lo Interdisciplinario en las Artes Plásticas y la Música, U.N 1993 (sobre una malaria real).

contra piedra, hombres que tallan figuras mientras cantan ensalmos y conjuros, pasos de danza repetidos en círculos, jadeo de cargadores que marchan al compás de golpes de tambor y de maderas cantando en lengua de siseos, mientras mambean el ripio de las hojas de coca; risitas timidas de doncellas, cuchicheos de mujeres, juego y llanto de niños..., y de pronto, un grito fuerte y prolongado inunda la oscuridad y un murmullo redondo, como un avispero, se levanta y se expande pero rápidamente cae y se apaga, todo se silencia y aquieta; solo se mueve una huidiza neblina de donde cuelgan los últimos sonidos de la flauta, y el cascabeleo del manojo de semillas marca las huellas del camino de retorno hacia el vientre de la montaña.

Sobre el terraplen de los senderos quedan sembrados los pesados hombres de piedra de dientes afilados y los sexos atados con cordones, algunos, los más bravos guerreros, suben sobre otros agarrándose con fuerza de sus armas y mirando, como con tristeza y rabia, el alejarse de estos livianos espíritus de la noche. A sus pies quedan las vasijas de cerámica con los aromas encendidos, tortas de harina de yuca brava, porciones de chicha, figuras de arcilla envueltas en hojas de yarumo y amarradas con delgado bejucos puestas entre las cenizas del tabaco, y en un pequeño hueco abierto en la tierra, un enredado de serpientes coral que se apresuran a esconderse detrás de las estatuas, abandonando allí sus pieles cuyos colores coinciden con el que ya han perdido los guerreros, ahora grises y lamosos.

La oscuridad se vuelve penumbra, mi cuerpo es tragado por una sima dentada hacia un hirviente y caótico caldo de letras y diseños, adobado con un picadillo de puntos y líneas de colores, donde me sumerjo tratando inutilmente de detener y ordenar imágenes y textos que se me escapan de las manos como jabonosos peces dejándose inundado de sudorosa angustia. Entonces escucho cercano el ruido trinado de los pajaros mañaneros, el canto alegre del gallo saraviado y el ladrar insistente de un perro. Abro los ojos con dificultad y veo la mancha de una mariposa negra y peluda sobre el marco de la puerta y trato penosamente de conjurar este funerario agujero heredado de mi madre; busco saliva en mi boca reseca y solo encuentro un espeso sabor a lata oxidada que no lubrica mi carrasposa lengua. Los parpados se quedan abiertos sobre unos ojos secos y pegachentos como si hubieran recibido un colirio de mancha de plátano y empiezo así una incendiada vigilia mirando

en el cielo raso como la pequeña araña atrapa la mosca y la envuelve en su ovillo de seda⁵ 11